

***"Una batalla naval en Capri,
narrada por el capitán Baltasar Gago."***

Emilio Sola

emilio.sola@uah.es

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: febrero 2005
Número de páginas: 24
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **HazHistoria S.L.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.hazhistoria.net

Descripción

Resumen

El presente documento ofrece una narración pormenorizada de la pérdida de la galera capitana de Palermo tras un encontronazo con bajeles enemigos en las inmediaciones de Capri. El valor del documento va mucho más allá de la narración del acontecimiento, ya que el autor en su relato nos da una viva imagen del ámbito cotidiano de este tipo de navegaciones.

Relato adictivo y bastante significativo, a modo de curiosidad cabría resaltar el comentario final del Capitán Gago sobre el ámbito cortesano.

Palabras Clave

Batalla naval, navegaciones mediterráneas, contrabando de azúcar, corso berberisco.

Personajes

- Capitán Baltasar Gago
- Marco Antonio Colona
- Duque de Terranova
- Gaspar Veintemilla
- Alonso de Hoces
- Pedro Canales
- Conde de Camarata
- Juan Baptista Imperial, o Garbarino
- Cómite o cómitre de la galera y Timonero, Artillero y soldados, entre 120 y 150 galeotes esclavos.
- Capitán Castañola
- Fabricio de Moncada
- Señor Pinares
- Juan Tomás
- Francisco de Eril
- Don Juan de Cardona
- Duque de Popolo, que está relegado en Nápoles, el Obispo de Mesa y don Blasco de Aragón
- Un esclavo de Gago
- Un soldado amigo de Gago, llamado Guillamas

Ficha técnica y cronológica

- **Archivo:** Archivo General de Simancas, Estado, Leg. 1148, doc. 43
- **Localización y Fecha:** Nápoles, 03/05/1578
- **Autor:** Baltasar Gago
- **Tipo y estado:** Relación, Completo
- **Época y zona geográfica:** Moderna, S. XVI. Mediterráneo

"Una batalla naval en Capri, narrada por el capitán Baltasar Gago."

Introducción

Relato histórico o relato literario, historia o literatura. En ocasiones sucede que un texto literario se convierte en documento histórico clave para adentrarse en una época y no es raro que cuidadosos historiadores apuntalen algunas de sus conclusiones con glosas de párrafos o piezas enteras que se suelen estudiar como pura creación literaria. El caso de Miguel de Cervantes es arquetípico, muy valorado por los analistas del pasado o por los historiadores, y --con Rabelais y Shakespeare-- verdadera fuente histórica para los interesados en la llamada "cultura popular" como excepcionales "intermediarios"; "sofisticados intermediarios entre las dos tradiciones", la culta y la popular (ver p. 118, Burke, La cultura popular en la Europa moderna, 1991, refiriéndose a Villon y Rabelais). En este sentido, el capitán Gago es un "intermediario" espléndido, en ocasiones tan expresivo como Cervantes mismo o más, y su "verdadera relación" con el relato de unos hechos verdaderos --texto entreverado de avisos y que resulta un apasionado discurso del autor exaltador de sí mismo y su valía--, pasa a convertirse en una gran pieza literaria. Con la que quisimos, en su tiempo (1998), iniciar una colección de "Clásicos Mínimos" para la asociación cultural de estudiantes Hatuey, de Alcalá de Henares, a quienes saludamos desde aquí. La "Verdadera relación..." del capitán Gago es, por derecho propio, el primer clásico mínimo de una serie posible, numerosa y variada, auténtica literatura fronteriza entre esas dos tradiciones culturales admitidas, las llamadas "cultura" y "popular". Sin duda, en la base de la gran literatura cervantina.

Capri, dorada costa italiana, primavera de 1578. Reinaba Felipe II y Cervantes llevaba unos dos años y medio en Argel, en el Ecuador de su cautiverio berberisco.

Una batalla naval espectacular en la playa de Capri, tras la que un notable como el ex-Virrey de Sicilia, el Duque de Terranova, debe ponerse a salvo a nado, sin saber nadar. Y un Capitán pobretón, pero hábil al parecer en el arte de marear, que --enfadado por el incidente en el que perdió todas sus cortas pertenencias-- denuncia un asunto de contrabando de azúcar --entonces ya producto colonial caro-- en galeras militares o en galeras de España, diríamos hoy. Y acusa de negligencia al capitán Ventimiglia, responsable de la nave.

El Capitán Baltasar Gago redacta un relato, prodigio de expresividad. Y consigue que la oralidad irrumpa en el texto literario. Por la puerta grande. Como haría Cervantes. Quijotes.

Quien quiera conservar el sabor completo de la lengua de la época, que le eche un vistazo a la reproducción del original que incluiremos si es posible, con permiso del Archivo General de Simancas de Valladolid, de donde procede el documento que sigue, de la sección de Estado, del legajo 1148, el documento 43. Al adaptar el texto +actualizado, la ortografía al uso nos dio la sorpresa mayor: aquello parecía una página de novela moderna. Lo incluimos como Apéndice II.

Y una prosa preciosa y popular. Un gran clásico. Clásico Mínimo. El Primero. La ironía y mal carácter de metomentodo del autor, el capitán Baltasar Gago, sus desplantes de valentón cervantino y su sentido del honor exacerbado, su autoestima y sentido de la autoridad y de la jerarquía son modélicos en su expresión literaria.

Va precedida la relación --"relacioncilla" la llama malévolamente Gago, que debía ser no poco socarrón--, de una carta a Marco Antonio Colona, virrey de Sicilia, en la que, como un elegantísimo prólogo, presenta el texto.

Así, lo ponemos como Prólogo. Y como es todo un poema, le cortamos las líneas de manera acorde con el ritmo gramatical mismo, cuestión de oído, para que se entienda mejor y se vaya uno acostumbrando a esa prosa despaciosa. Como Apéndice I va la "Relación de lo que sucedió a las dos galeras que llevaban al Duque de Terranova a Nápoles, enviada por el dicho Duque a Marco Antonio Colona", como se rotula en el legajo de Simancas. Narra los mismos hechos que el capitán Gago, pero de manera más sintética y sobria, sin entrar en demasiados detalles --aunque sí detalla la navegación misma, que debió ser muy discutida-- y que hay que tener en cuenta que intenta ser lo más exculpatoria posible para la actuación del virrey Terranova.

El conjunto de los tres textos, una flor de flores o un ramillete. Para seguir jugando. Van en cursiva las palabras recogidas en estilo indirecto, y en cursiva y negrita las causas que Gago cree que provocaron el desastre.

Prólogo

1578, 3 de mayo, Nápoles.

Carta de Baltasar Gago para Marco Antonio Colona.

lustrísimo y Excelentísimo Señor:

*Debiendo yo y queriendo tanto a Vuestra Excelencia,
no me pareció cumplir con mi obligación si no le daba cuenta de lo sucedido.
Y, así, lo mejor que he sabido,
he hecho una relacioncilla de todo ello, en este viaje del Duque,
la cual puedo también mostrar a Su Majestad que creo que se holgará de verla.*

Envíola con ésta, como quien dirige y estorba.

*Suplico a Vuestra Excelencia me perdone el atrevimiento,
pues no es de verdadero amor y deseo a su servicio,
como desearía poder mostrar en alguna ocasión de mayor peligro de la vida,
que fue el de mañana habrá 8 dias.*

*Cuando yo partí de Palermo,
dejé allí orden al cabo de los artilleros del castillo que fuese a la Licata*

*a sacar de la mar aquella pieza de artilleria ??y lo que más pudiese?? .
He pedido a Vuestra Excelencia que, de lo que sacare,
me (haga) tan cumplida merced como yo de antes la esperaba
--cuanto más agora--
para ayudar a remediar tanta pérdida como he habido y necesidad en que me hallo.
Y porque tengo por cierto que será la merced aún más cumplida que yo la sabría pedir,
no digo más de que Nuestro Señor
la Ilustrísima y Excelentísima persona de Vuestra Excelencia
guarde tantos años
y con tanto aumento de estados
como sus criados y servidores deseamos.*

*De Nápoles 3 de mayo,
Ilustrísimo y Escelentísimo Señor,
su más obligado criado y servidor,
Baltasar Gago.*

Documento

VERDADERA RELACIÓN DE LA PÉRDIDA DE LA GALERA CAPITANA DE PALERMO, EN QUE VENIA EL ILUSTRISIMO DUQUE DE TERRANOVA DE PALERMO A NÁPOLES, EL MES DE ABRIL, 1578, por el capitán Baltasar Gago.

(Del Archivo General de Simancas de Valladolid, de la sección de Estado, del legajo 1148, el documento 43).

El Capitán Baltasar Gago prepara su viaje a España desde Palermo.

Este mes de febrero próximo pasado de 1578
yo me hallaba en Palermo de camino para España
con licencia de seis meses
de que el señor Marco Antonio Colona,
Virrey de aquel Reino,
me había hecho merced.

Ofrecióseme pasaje en una nao inglesa que allí estaba,
que había de volver a Inglaterra
y, forzado, había de tocar en la costa de España.

No me quise embarcar en ella,
a persuasión de mis amigos.
Y, particularmente, del señor Alonso de Hocés,
maestro racional de aquel Reino,
con decirme que *el Duque de Terranova*

*había de partir presto y en galeras;
que, con él, vendría mejor.*

Esperé al Duque;
el cual vino a Palermo domingo de Casimodo,
que fueron 13 de abril.

Se preparan dos galeras para llevar al virrey de Sicilia a Nápoles.

Y, luego,
se comenzaron a poner en orden
dos galeras que el señor Marco Antonio le daba
para que lo llevasen hasta Génova,
de que dio cargo a don Gaspar Veintemilla,
capitán de la galera capitana de Palermo.

Las cuales su excelencia quería y mandaba
que fuesen tan bien en orden como convenía
para llevar un tal personaje.

Y, así, mandó dar --y se dio-- para ellas todo lo que le pidieron.

Y con este recaudo las dejó
--que se acababan de poner en orden--
y él se partió de Palermo para visitar el Reino,
sábado de 19 de abril.

Gago denuncia que se están sobrecargando las galeras, la capitana y la Santangel.

Un día o dos después de partido el señor Marco Antonio,
yo supe que en las galeras se habían embarcado y embarcaban
muchas cajas o carretelos de azúcar,
y sacos de trigo y otras cosas de mercancías.

Y que la galera Santángel,
que era una de las que habían de venir,
estaba ya cargada de estas cosas y otras tales.

Y hallándome yo mal dispuesto en la cama,
envié a pedir a Pedro Canales, secretario del Duque,
que me viniese a ver.

Vino.

Y díjele lo que había entendido,
que advirtiese de ello al Duque, pues yo no podía ir a decírselo.
Díceme él ahora que lo hizo.

Cuando yo me levanté,
que fue el día siguiente o el otro,

entendí más por menudo lo que antes había entendido;
hasta decirme el cómitre de Santángel
que estaba su galera tan cargada
que no había lugar para sacar la vela de la cámara de en medio.

Fui a ver al Duque aquella noche a su casa
y delante de muchos le dije:

--Mucho me pesa, señor,
que se tenga tan poco respeto y consideración
a la persona de vuestra excelencia,
que dos galeras sutiles que lleva se las carguen de mercancías.
Porque me dicen que la galera Santángel
está ya cargada en fondo de estas cosas y otras símiles.

Estaba allí don Gaspar Veintemilla, el cual me respondió:

--Usía, ¿hala visto?

Dije yo:

--No, mas hánmelo dicho.

Dijo él:

--Pues véala usía y verá que no le han dicho verdad.
Y usía mire cómo habla,
que estas galeras mándolas yo y no he de consentir esas cosas.
Yo tengo mucha consideración a la persona del señor Duque.
Y solamente yo he embarcado ocho cajas de azúcar,
y ha sido con su licencia.
Y no lo hago por mercancía,
sino por pasar allá mi dinero, que llevo para gastar,
y no perder en el que me costará tanto por ciento.

Dije yo:

--Cierto está que la bondad del Duque
no sufre que él diga que no a cosa que se le pida,
pero ¿por qué se han de pedir cosas semejantes?

El Duque dijo que *era verdad*,
que él había dado licencia para no sé qué cajas,
pero no tantas como le decían que se habían embarcado.

Respondió don Gaspar que no lo creyese,
y que las galeras estaban muy buenas y no tan cargadas.
Y que su excelencia las podía mandar veer.

Y, con esto, no se habló más en ello
y el Duque se entró en su retrete.

El otro día siguiente,
o el otro,
el Duque quiso ir a ver las galeras.

Fue y entró en la capitana de Palermo,
que era la en que él había de venir;
e hízolas salir fuera un rato y volvióse al puerto.

Y al desembarcar viome allí;
y, quizá, por lo que había pasado, viéndome,
dijo, así, generalmente:

--Buenas están las galeras, y ¡no están tan cargadas como decían!

Dije yo:

--Es verdad, si no hubiesen de llevar más de lo que ahora tienen.

Acercándose ya la partida,
supo el secretario Canales que yo hacía embarcar
un cofre y un baúl,
y díjome que le pesaba de ello porque era mucha ropa.
*Y que estaban las galeras tan cargadas
que el Duque no consentía a su yerno, el conde de Camarata,
que embarcase más de cuatro criados.*
Y que él recelaba que no le había de dejar embarcar a él tres,
o no sé qué cosa que quería traer.

Yo le dije que no podía hacer menos,
porque en el cofre traía mis vestidos
y en el baúl ropa blanca y otras cosas de importancia,
y un trasportín en que durmiese.

Pero, entendiendo aquello,
yo juro a esta + (cruz),
como fiel y verdadero cristiano,
y por la salvación de mi alma,
que me pesó de no haberme ido en la nao inglesa.

Y que si no fuera porque venía en aquellas galeras
la persona del Duque
--y yo le había dicho que venía con él--,
que yo no viniera en ellas.

Y esperara una nao catalana llamada La Fogaota,
que se hallaba allí en Palermo para partir para Barcelona
dentro de quince días.

Y así se lo dije y juré al Duque ahora,
viniendo en la galera Florida de Capri a Nápoles,
a donde yo escribo ésto.

Partida de Palermo el 25 de abril e itinerario y navegación.

Acabó de llegar el tiempo de la partida.

Y el Duque se embarcó,
viernes día de San Marcos,
25 de abril, 19 horas vel circa.

Y luego partió con un vientecillo de maestral
o maestre tramontana un poco fresco,
y tiramos la vuelta del cabo de Solanto.

Al cual llegamos casi a 22 horas,
habiendo ya el viento calmado y siendo bonanza por todo.

Y llegados allí
los capitanes de las galeras
se hablaron de las popas el uno al otro,
y luego pusieron las proas en la mar, la vuelta del Golfo,
y comenzaron de engolfarse.

Lo cual, como yo vi, dije:

--¿Qué es esto, que nos engolfamos? Pésame.

Y respondió Juan Bautista Imperial, o Garbarino, que venía allí:

--Y a mí también.

Levantéme yo de la popa y fui a la crujía y dije al cómitre:

--Nuestramo, ¡mirad lo que hacéis!

Respondióme él con no poca arrogancia:

--La yo mirato (sic).

Tornéme a sentar en la popa y dije a don Gaspar que estaba al estanterol:

--Señor don Gaspar, mire usía lo que hace, que no es bien engolfarse.

Respondió el señor capitán:

--Gago, estas galeras
me las ha encomendado el señor Marco Antonio a mi y no a usía.
Usía deje hacer, que yo sé lo que hago.

Yo le respondí:

--Yo no le quito a usía su gobierno y mando,
pero en semejantes casos suelen los hombres
tomar el parecer de todos
y hacer después lo que mejor les parece.
E yo le he dado en otras partes de harta importancia
y ha sido oído.

Dijo el Duque:

--Ora bien, eso no se ha de disputar ahora aquí.
Cuando fuéramos a pelear, tomáramos su parecer (sic).

Yo callé, por el respeto que le debía, y no se habló más en ello.

Navegamos toda aquella tarde y noche;
y el otro día, sábado, y la siguiente hasta el domingo,
a las 16 horas vel circa, siempre al remo.
A la cual hora,
habiendo el Duque comido,
se levantó un viento maestro y se hizo vela.
Con la cual vinimos más de tres horas razonablemente,
que se juzgaba que hacíamos seis o siete millas por hora, y algo más.

Y en este tiempo se descubrió la tierra;
y dijeron que era la isla de Capri y cabo de Carapanela,
que es frontera de ella, treinta millas de Nápoles.
De la cual, a mi juicio, debíamos estar obra de cincuenta.

Aparecen naves berberiscas el domingo 27 de abril.

Viniendo de esta manera,
a 19 horas y media vel circa, vino una voz de proa:

--¡Bajeles, bajeles!

Dijo don Gaspar:

--Serán bajeles de Calabria.

En este punto yo alcé los ojos
y, sotaviento de nosotros, casi por griego levante,

vi los bajeles
que debían de estar de nosotros (a) seis millas, algo más.

Y dije:

--Helos allí.

Y, ¡por vida del tal, que son de enemigos
porque están desarbolados!

Juan Bautista Barbarino? dice ahora que se acuerda
de (que) yo dije esta palabra.

Y torné yo a decir:

--Pero no importa, que sotaviento están. Dejémonos ir.

Pero, en esto, don Gaspar mandó amainar de golpe
y a mí no me aprovechó decir que no se hiciese.
Pero hízose.

Y tornada a izar la antena,
el cómitre comenzó de bogar con la proa a viento.
E yo le pregunté *qué hacía*.
Dijo que *quería ponerse más sobre viento*,
y así lo hizo por un rato.

En descubriéndose los bajeles,
la galera Santángel amainó y quitó la vela.
E hizo el caro y tornó a hacer vela, la vuelta de la mar,
a mi parecer por el mismo camino
que habíamos traído la vuelta de medio jorno (sic).

Los enemigos, como vieron que eran descubiertos,
en un momento arbolaron todos con el caro de tierra,
creo que pensando que nosotros hiciésemos lo que la otra galera.
Y los seis más pequeños hicieron vela y siguieron tras Santángel;
y las otras dos más gruesas
--que, al parecer, la una era galera--
comenzaron a provezar dándonos la caza a nosotros.

Viniendo de esta manera un buen espacio,
yo vi que las galeras se nos entraban cada vez más,
y dije al cómitre que hiciese vela.

Díjome que *era poco viento*.
Y no tenía razón. Díjeselo al Duque.
Díjome que *no le parecía porque perderíamos tiempo*.
Torné a porfiar y dar voces que *hiciésemos vela*,

que nos perdíamos.

Hasta que, en fin, don Gaspar la mandó hacer.

Y como se hizo de espacio

--como se hacían todas las cosas de aquella galera--

y hubimos de dar el lado a las galeotas para ir por tramontana

y ellas venían por poniente maestre --que era el viento--,

acercáronsenos mucho.

Y el Duque me dijo:

--Mire, ¿no le dije yo?

Yo le respondí:

--Vuestra excelencia se ría de eso,

aunque estuviesen mucho más cerca,

que están sotaviento y han de hacer el caro.

Y ahora lo verá vuestra excelencia.

Y fue así,

que en un momento a vela y remo

nos alargamos de ellas mucho más;

y cada vez nos alargábamos más, yendo a ora;

que este fue siempre mi cuidado, después de hacer bogar,

decir al timonero que fuese a ora cuanto pudiese, portar la vela y aure?

De esta manera cada vez nos alejábamos más;

tanto, que yo dije al Duque:

--¡Válalos el diablo a estas bestias!

¿A qué nos dan caza, pues ven que cada vez los dejamos más?

En cuanto así veníamos,

el capitán Castañola, mayordomo del Duque,

andaba en crujía con una espada desnuda en la mano

haciendo bogar

y ayudando en todo muy honradamente y con mucho ánimo.

Y haciendo echar a la mar

mil embarazos y cosas que iban sobre cubierta.

Y me dijo:

--Señor capitán, échenos el esquiife a la mar.

Dije yo:

--No quiero, que el esquite lo guardo yo
para si damos en tierra salvar al Duque.
Haga vuestra merced romper
muchos carretelos de vino que vienen sobre cubierta.

Yo me fui hacia popa. No sé si lo hizo.

Ya en este tiempo todos nos reíamos de ellos
y nos teníamos por tan salvos
como lo estamos ahora los que estamos en tierra.
Y no teníamos más pena ni cuidado
que todavía hacer bogar todo lo posible;
porque, a mi parecer, las dejábamos atrás más de seis millas,
aunque otros decían cuatro.
Pero yo juzgábalo porque malamente se (a)parecían sus bajeles
más de la vela y los remos. Y, en efecto, ello era así.

Viniendo así,
ya todos muy alegres,
yo oí decir el cómitre al timonero que *fuese a puja*.
Y dile voces que *no lo hiciese*.

Pero diólos muy mayores don Gaspar diciendo:

--Señor capitán Gado.

Dije:

--Usía.

--Hacer, los oficiales.

Yo hube de callar por amor del Duque
y por lo que antes había pasado al cabo de Solanto.

Pero dije:

--Así, pues, usía lo verá.

Yo entonces estaba en la popa
sentado en el banco de la sinestra
(con) los oficiales que habían hecho salir de crujía,
y el Duque sentado arriba de mí, en el mismo bandín.

Y al mismo pronto me dijo:

--Señor capitán Gago,
id vos allá, por vida nuestra, y ayudad a hacer bogar.

Yo salté en crujía con una espada en la mano
y anduve por allí un rato haciendo lo que podía.
Al cabo del cual, alzando los ojos,
vi que las galeotas se nos habían entrado mucho
y se entraban cada vez más, y muy mucho.

Y, luego, le dije a don Gaspar:

--¡Ah, señor! ¡Mire usía lo que ha hecho en venir a puja.

--Señor --dijo él--, yo lo hice por favorecerme de esta tierra.

En esto, el Duque se subió en el estanterol
y me preguntó *qué me parecía*.

Yo le respondí:

--Señor, mucho se nos entran estos bajeles,
pero Vuestra Excelencia no tenga pena
que su salvación ha de ser la noche y la guarida que tiene cerca.

En esto,
ya nosotros éramos casi al abrigo de la isla de Capri
y las velas no servían porque era calma.

Y ellos afrenillaron y amainaron en un momento
y, quitada la vela, tornaron a izar y bogar muy recio.
Y entonces se nos llegaban muy a presa
porque nuestra galera llevaba la vela puesta y muy ruin boga,
como la habíamos traído des(de) que dimos a puja.

Porque como los turcos nuestros esclavos, que eran muchos,
veían que las galeotas se nos entraban tanto,
no aprovechaban azotes ni cuchilladas que les daban
a hacerlos bogar.

Pero yéndonos ya llegando a tierra, dije yo al cómitre:

--Nuestro amo, como seáis cerca de tierra,
volved la proa a la mar, que queremos pelear y defender la galera.

Y dijo el conde de Camarata:

--Salvemos al Duque y nosotros peleemos y muramos como caballeros.

El cual Conde, al tiempo que nos alargábamos de Sicilia,
yo le oí preguntar a don Gaspar:

--Si queremos pelear, ¿qué armas tenéis?

Y él respondió:

--Hay alabardas partesanas, arcabuces, espadas, rodelas.

En ésto,
el capitán de la galera se fue hacia proa;
y yo, con harto fastidio
--porque estaba muy llena y embarazada con gente,
y mataaos y otros embarazos--
saqué todas las partesanas que estaban debajo del banco sinestro,
que serían doce o quince, y las puse allí, en la popa.

Y dije:

--Ora, señores, cada uno tome la suya;
que mejor arma es que las espadas.

Y yo tomé una y me fui por la crujía hacia el esquife,
preguntando por el Duque, con intención
de hacer echar el esquife a la mar y enviarlo en él a tierra.
Que para ese efecto (lo) había guardado, como arriba digo.
Pero llegado allí me dijeron que era pasado a proa.

Fui allá y hallé el espolón lleno de gente que se echaba a la mar.
La cual estaba ya cuajada de hombres que nadaban
procurando salvarse,
porque ya la galera estaba encallada en un escollo.

Y de ella a tierra había un golfillo algo hondo,
adonde -- según me parece-- se ahogó
don Fabricio de Moncada, y otros.
Por el cual miedo otros dejaron de echarse a la mar
y se volvieron a la galera,
teniendo por mejor ser esclavos, como lo fueron.

Y como yo esto vi, hice como los otros.
Y con mi partesana a la mano,
me bajé por ella por medio del espolón al escollo,
y de allí, sin dejarla, me salí a tierra con poco trabajo y peligro.

Adonde ya hallé que el Duque había salido
e iba delante, la cuesta arriba.

Fui tras él y lo alcancé,
que lo ayudaban a subir dos hombres.
Pero él --aunque de razón debiera ir medio muerto
por haber salido a nado, no sabiéndolo hacer,
y estado a punto de ahogarse,
y lo hiciera si no lo sacaran sus criados--
iba con muy buen ánimo.

Y tanto, que hallando en el camino
un golpe de arcabuceros de la tierra,
quiso volver con ellos a ver si podía estorbar
que los turcos no llevasen aquella galera.
Y lo hiciera, pero no se lo consintieron,
diciendo que ni él iba para ello ni ellos eran bastantes.

Y ya,
en este tiempo,
las galeotas estaban con la galera
y era cosa extraña el arcabucería que de ellas se tiraba
a la gente de la tierra, que andaba en la marina también tirándoles.

El Duque,
en todo este tiempo,
des(de) que vimos las galeotas,
vino siempre muy en sí y con mucho valor y ánimo,
poniéndonoslo a todos;
y, particularmente, a los remeros, prometiéndoles libertad.
Y algunas veces salía a lo mismo hasta el árbol.

Que, cierto, después de Dios,
aquello parece que nos sacó a salvamento.
Verdad es que nunca se empachó en mandar
a los oficiales de galera lo que habían de hacer,
sino dejarles hacer lo que les parecía.
Y si alguna cosa al Duque se le pueda tachar en este viaje,
sería con su bondad haberse fiado tanto de ellos
y creídoles lo que le decían,
que las galeras estaban muy buenas
y muy bien en orden de todo lo necesario, y no nada cargadas.

Y como ellas venían de cargadas ya yo lo digo arriba,
y diré más abajo.
Y de las otras cosas y faltas que tenían, no faltará quién lo diga.

Sólo diré yo que, viniéndonos ya las galeotas cerca
--y la más pequeña tiraba de cuando en cuando,
creo yo que a la otra que caminase,

que ella no se atrevía sola a llegarse a nosotros y alcanzarnos,
que bien lo pudiera haber hecho si quisiera en este tiempo--,
digo,
vino a popa un artillero de la galera
a poner en orden los esmeriles que están a los escalas.

Y como lo vi solo, díjele:

--¿Por qué no viene aquí otro artillero a esta otra?

Díjome él:

--Señor, no hay más de yo solo;
porque el señor Pinares no quiere que haya más
por ahorrar la hacienda del rey.

Yo le dije que *fuese a proa y tirase un tiro*.
Hícelo para que en tierra conociesen cómo íbamos
para que bajase gente a la marina a hacernos espaldas.
Y así lo hizo. Y tiró el tiro,
y de la tierra nos respondió una torre con una pieza.

Y díjome después un Juan Thomás que me hospedó allí, en Capri,
que *habían tirado y respondido la torre*
para que nos fuésemos a meter debajo de ella;
que si así lo hiciéramos --y llegados allí volviéramos la proa--,
con el favor de ella y de la gente de la tierra,
los turcos no nos osaran acometer.
Y yo así lo creo, y tiempo teníamos para ello.

Pero nosotros dimos en tierra obra de milla y media atrás.
Quién fue la causa, no lo sé.
Procure saberlo quien lo quisiere saber.

Causas que Gago ve de este desastre naval.

Las causas que,
a mi juicio,
lo fueron de nuestra perdición
fueron, primeramente,
el ir la galera tan cargada.

Porque un baúl mío que se embarcó a la postre
no hubo lugar debajo de cubierta en ninguna cámara adonde meterlo,
aunque yo lo dije al capitán y oficiales.
Y, por mucha cosa, el cómitre tomó una caja de gorros mía
y la llevó y mandó meter en la cámara de proa.
Y el baúl se quedó alto al fogón,

y los soldados --sabiendo que era mío-- lo metieron en el esquite,
donde una buena camarada de ellos alojaba,
aunque estaba harta embarazada con su ropa y armas de ellos.
Y allí se quedó y perdió, como todo lo demás.

Y Pedro Canales me ha dicho ahora, aquí en Nápoles,
que *él tiene aquí el que estibó? en la galera*
24 cajas y 12 carretelos de azúcar y no sé cuántos sacos de trigo.

La segunda,

la ruín guardia que traíamos en el Golfo,
que si la trajéramos buena descubriéranse los bajeles mucho más lejos.

Que aunque don Gaspar dice
que *venía hombre en el carcés,*
y que por la niebla no los vio,
yo no lo creo porque no había niebla,
pues se veía la tierra clara y tan lejos.
Y el primero que descubrió los bajeles
fue uno que estaba jugando sobre de la rumbada.

Y al mismo momento los vi yo desde popa,
adonde estaba como arriba digo.
Y las mostré a don Fabricio de Moncada.
Pues mejor las viera la guardia si la hubiera.
Y los soldados dicen que no la había.

La otra fue

el amainar cuando descubrieron los bajeles.
Que si no amaináramos fuera imposible que ellos nos alcanzaran
con muy poco que nos ayudáramos del remo
por la mucha ventaja que las teníamos,
estando tanto sobre viento de ellos y tan lejos,
y ellos desarbolados.
Que primero que arbolasen e hiciesen vela
y remetiesen en nuestra derrota forado
los habíamos de dejar más de otro tanto más.

La otra fue

los muchos esclavos que traíamos;
que pasaban de 120 o 130,
y aún algunos quieren decir 150.
Porque habiendo en cada banco dos esclavos, y en algunos tres,
más estorbaban ellos que tiraban los pobres cristianos
que --con la esperanza de la libertad que el Duque les prometía
y ánimo que les daba-- hacían lo que podían.
Pero esto aprovechaba poco,
que nuestra boga parecía cuando se boga con mucha maretá,

que los remos temblaban, como se hace cia-escurre.
Y, así, parece milagro de Nuestro Señor
haber podido llegar a tierra y salvar solos los que se salvaron.

La otra fue **el hacer a puja**,
cuando don Gaspar me dijo que dejase hacer (a) los oficiales.
Y tengo cierto para mí que si aquello no se hacía,
en ninguna manera nos podían alcanzar
por la mucha ventaja que les teníamos,
y cada vez les ganábamos yendo a orza.

Y también tengo por cierto --y lo es, y así lo tienen todos--
que si no hiciéramos vela nos perdíamos en la mar.
Y por eso dice ahora el Duque que *yo los salvé a todos
en hacer hacer vela,
contra su parecer y de todos los oficiales.*

En Capri y hacia Nápoles en la galera Florida.

El lunes siguiente,
después de llegados a Capri,
a la tarde yo me levanté.
Y envuelto en no sé qué andrajos que allí me prestaron,
fui a ver al Duque.
Y entrando donde estaba lo hallé vestido, acostado sobre la cama.
Y bajándome yo a besarle las manos,
él me abrazó muy favorablemente, diciendo:

--He aquí quien nos ha salvado la vida a todos.

Yo le dije que *le besaba las manos,
pero que más nos la había dado Nuestro Señor
y el valor y ánimo de Su Excelencia,
que nos la puso a todos para hacer lo que debíamos,
que de otra manera todos fuéramos perdidos.*

Él replicó:

--No, a fe de caballero, sino que lo digo de veras.
Y lo he dicho aquí a todos,
que Vos habéis sido la causa de nuestra salvación.
Y que ninguno vino siempre tan (en) sí, y en lo que había de hacer,
como Vos.

Yo le supliqué que *no se hablase más en ello*
y, así, se pasó a otra conversación.
La cual él tuvo muy buena,
y en ella dijo que *él no había salvado sino la camisa que tenía vestida.*

*Y que juraba como caballero
que si se hubiera salvado toda cuanto plata, ropa y dineros había,
no se holgara nada de ella ni tenía pena de ello ninguna
sino era la galera de Su Majestad,
y de unos papeles suyos y otras cosas.*
Dijo a este propósito siempre con mucho ánimo y valor,
como siempre lo había mostrado en todo, (el valor),
como arriba digo.

Y al cabo de un rato de conversación
yo le dije al Duque que
*--porque un hombre de mi calidad y profesión,
habiéndose hallado en un caso como aquel,
era obligado mostrar que había hecho
lo que debía y era obligado--
suplicaba a Su Excelencia me escuchase dos palabras.*

Él me respondió que *no tenía necesidad de mostrarlo,
que ya él había dicho, y decía y diría siempre a donde fuese necesario.*
Yo le supliqué, todavía, me escuchase. Y él lo hizo.

Y yo le traje a la memoria --delante de Canales y otros muchos--
todo lo que arriba digo.
*Y, particularmente, cuando advertí en Palermo
de cuán cargadas estaban las galeras;
y de lo que pasó al cabo de Solanto, cuando nos engolfamos;
y de lo que yo pasé y porfié
para que se hiciese vela cuando se hizo
--y tan rato antes que se hiciese.*

Y él estuvo muy bien en ello, y se acordó y acuerda muy bien.

Y, por eso, tanto más me dicen
que dice que *ningún hombre en aquel suceso
lo satisfizo tanto como yo.*

Pero, en efecto, lo dice porque es buen caballero.
Mas la verdad es, como arriba digo, Nuestro Señor lo hizo,
por quien él es,
y la virtud y valor del Duque ayudó mucho a ello;
que yo poco podía hacer siendo un pasajero,
y que si decía una cosa había quien me dijese que callase
--como quien dice que yo allí no era nada,
como, en efecto, era verdad.

El martes siguiente,
que eran 29 del dicho mes de abril,

a la mañana

--habiendo ido de aquí, de Nápoles, a Capri
cuatro galeras para traer al Duque,
y con ellas un caballero mancebo catalán
llamado don Francisco de Eril
que don Juan de Cardona enviaba para que trajese al Duque,
acabando de comer con él el de Popolo, que está allí relegado,
y el obispo de Mesa, y el conde de Camarata,
y don Gaspar Veintemilla,
y don Blasco de Aragón, sobrino del Duque,
y el dicho don Francisco de Eril, y yo--,
vínose a hablar en el negocio.

Y dije yo que **la causa principal de nuestra perdición
había sido el amainar cuando luego descubrimos los bajeles.**

Y dijo el Duque:

--La razón del capitán Gago parece buena,
y pues se vio por experiencia
que como tornamos a hacer vela los dejamos mucho atrás,
mejor fuera no haberla amainado.

Don Gaspar dijo que *él hacía veinte años que navegaba.
Y que siempre había visto a don Juan de Cardona en la mar,
en descubriendo bajeles,
amainar para ver qué bajeles eran y qué hacían,
para él ver y saber lo que había de hacer.
Y por eso él lo había hecho.*

Yo le (dije que) *en aquel punto y opinión yo no me entremetía;
pero que la instrucción se podía dar,
mas la discreción era menester que cada uno la tuviese.
Y que allí no había para qué servirse de aquella regla,
pues se veía claro que aquellos eran ocho bajeles
y que eran de enemigos;
y que estaban sotaviento y desarbolados.
Y que era lo mejor dejarnos ir, que no había para qué amainar.*

Don Gaspar tornó a dar otras razones.
Y luego saltó en (lo) que él había hecho y acontecido;
y cuando llegamos cerca de la tierra,
había ido a la proa a dar órdenes y mandar,
con intención de pelear;
y que como comenzó a mandar ciar para volver la proa,
la gente de cabo toda se le echó a la mar.
Y, por eso, él no pudo hacer otra cosa sino embestir en tierra.

Yo, como hombre que no sé ni puedo sufrir
dejar de decir la verdad, cuando la sé,
dije:

--Ora, señores, desengañese todo el mundo,
que en toda la galera
nadie tuvo intención ni pensamiento de pelear sino yo.
Y bien se pareció, pues cuando fui a la popa a sacar las partesanas
no hubo persona que tomase ninguna sino yo.
Y cuando volví hacia la proa con ella en la mano,
lo hallé todo como arriba digo.
Y confieso que se me olvidó de decir
también el conde de Camarata
--que dijo las palabras que arriba digo
y anduvo siempre por crujía
con una espada en la mano desenvainada
y ayudando en todo lo que era necesario.

Don Gaspar se alteró
y me dijo que *mirase cómo hablaba;*
que él era caballero
y que lo que decía lo sustentaba
y haría bueno a cualquiera persona.

Yo le respondí:

--Este no es lugar para eso,
porque estamos delante del Duque.
Pero conmigo engañase usía,
que aunque soy tuerzo? no tengo la sangre fría.
Y lo que digo con la boca lo sustento con la espada.
A todo el mundo, uno por uno,
y aún al vivo diablo, como dicen.
Y, por vida de usía,
que no hablemos más en ello,
pues no sirve para nada y es lo mejor.

Y esto tuve? yo siempre, después de este acaecimiento,
procurar huir de donde se hablase en él.
Porque, aunque estoy tan satisfecho
de lo que de mí se puede decir en él,
como soy hombre que no puedo sufrir dejar de decir la verdad
por quizá no hacer daño a alguno con decirla,
procuro todo lo que puedo de no hablar en ello
ni hallarme en donde se hable.

Y así se lo dije al Duque,
viniendo de Capri a esta ciudad, en la galera Florida,

como arriba digo.

*Que si dejase de ir a verlo y servirlo mientras aquí estuviese,
sería por esta causa.*

*Por eso, que suplicaba a Su Excelencia me tuviese por excusado
y no me lo atribuyese a falta de deseo a su servicio.*

Y así lo he mostrado después que llegamos a esta ciudad,
que algunos caballeros
han querido informarse de mi de lo que había pasado,
y me he excusado de ello y nadie me ha podido sacar palabra.

Yo

perdí en la galera un esclavo,
el mejor que había en Italia, y todo lo que era ya conmigo.
Que solamente procuré que un soldado amigo mío,
llamado Gallamas,
me sacase unas cartas mesivas que traía de diversos,
en dos saquillos, y me las salvase.
Que de sólo esto tuve cuidado,
y no de muchas cosas de oro y plata
--así mías como de encomienda-- que allí venían,
ultra de mi ropa blanca
y todas cuantas cosillas de precio traía conmigo.

Y él lo hizo. Y todo lo demás se perdió,
que yo salí solo en calzones, jubón y cuero.
Y aunque todo ello era muy poco,
basta que era cuanto yo hoy tenía en el mundo.

Y, por eso, digo ahora a todos los que dicen que perdieron mucho,
que yo perdí más que todos
pues a todos ellos les queda mucho y a mi no cosa ninguna.
Y, con todo, estoy muy alegre y contento
porque sé que no perdí más que dineros o cosa que los valiese,
y no honra, reputación.
Antes, doy gracias a Dios
porque he tenido ocasión de mostrar algún ánimo o valor,
si en mí lo hay.

Y digo --y he dicho delante del Duque y en muchas partes--
que es necesario que acaezcan cosas como éstas
para que los hombres se conozcan y muestren por lo que son.

Que en ellas,
y no en la Corte y entre damas,
se muestra el valor y ánimo de cada uno.

Emilio Sola: Clásicos Mínimos.

"Una batalla naval en Capri, narrada por el capitán Baltasar Gago"

Con letra de Gago, igual a la de la carta anterior del Prólogo.

"Va escrita en seis hojas, con ésta, de mano ajena, en Nápoles a 3 de mayo, Baltasar Gago".